

10. **La caída universal y la esperanza de la redención.**—Así, pues, toda la historia de los antiguos sacrificios es una prueba de que los paganos mismos no habían olvidado completamente estas graves é importantes verdades; que el hombre y la humanidad viven en el pecado y que no obstante eso tienen la consoladora esperanza de que no son rechazados por Dios, sino destinados á recobrar la vida perdida, en virtud de una satisfacción representativa, que nadie debe dar por ellos, sino Dios mismo humanado.

En ese Hombre de dolores que tomó por su cuenta nuestras enfermedades, que fué destrozado por nuestros pecados, castigado para nuestra paz, y cuyas llagas debían ser nuestra curación, ⁽¹⁾ se fijaron los ojos de toda la humanidad, aunque lo haya hecho la mayor parte del tiempo sin saberlo. En las más antiguas edades es llamado ya la esperanza de los pueblos; ⁽²⁾ pero también en los tiempos sucesivos fué considerado en todas las prosperidades y en todos los dolores como el Deseado de las naciones. ⁽³⁾

Por el sacrificio de animales se probó generalmente que esa fe jamás había desaparecido del todo; aquellas ofrendas sangrientas les permitían no olvidar nunca que eran pecadores y dignos de muerte; les recordaban siempre que únicamente la sangre, y sangre inocente, sería su salvación; les exhortaban á considerar que la reconciliación con Dios, la paz y la vida no serían patrimonio suyo, si no expiaba por ello, concediéndoles los beneficios de su propio sacrificio, otro que fuese igual á ellos en todo, excepto en el pecado.

De ese modo, por la misericordia de Dios, aquella solidaridad de los hombres, en virtud de la que el pecado de su primer padre se había convertido en pecado de toda la humanidad, se convirtió en medio de salvación para el género humano, todo él pecador. ⁽⁴⁾

(1) Isaias, LIII, 3-5.

(2) Génesis, XLIX, 10.

(3) Agg., II, N.

(4) Eusebio, *Demonstratio evangelica*, 110.

SEGUNDA PARTE

MANERA DE PENSAR Y DE OBRAR DEL HUMANISMO

CONFERENCIA SÉPTIMA

LA NEGACIÓN DEL PECADO

1. La antigua cuestión: ¿de dónde proviene el mal?

—El primer grito lanzado por el niño cuando nace á la luz y á la vida es un grito de dolor, y durante largo tiempo será el llanto su único lenguaje. Pronto hace llorar á otras personas y goza con el sufrimiento de los demás. Oh ¡qué miseria hay en el mundo, en las chozas de los pobres, en las salas de los hospitales, en los palacios de mármol! Si los palacios pudiesen hablarnos, contarían que están habitados por gentes que en muchos casos no tienen ni el consuelo de las lágrimas, ni se atreven á buscar alguien que pueda aliviarles de su dolor mudo, silencioso.

¿De dónde procede esa miseria que nos roba la paz, nos convierte en amarga la vida y nos hace temer la muerte? ¿De dónde procede esa miseria que nos inclina á la misantropía y hace de nosotros mismos nuestro verdugo? ¿De dónde procede el mal?

Desde que la humanidad piensa, buscó, hasta consumirse, la respuesta á esa pregunta. Puede suceder que considere superfluo investigar el origen del mal, ⁽¹⁾ pero como quiera que sea, jamás pudo desembarazarse de la cuestión concerniente á la razón del mismo. Siempre le pareció una de las más importantes para el género humano aquella in-

(1) Arnob., 2, 55.

vestigación, ⁽¹⁾ pero una de las más difíciles para el espíritu. ⁽²⁾ En efecto, si alguna cuestión hay en la vida que exija un examen profundo y que tenga dificultades insuperables es la relativa al origen del mal. ⁽³⁾ No hay, por decirlo así, cuestión que tan á menudo y con tal fuerza se presente en las horas de seria reflexión, ninguna, cuya historia ofrezca tantos puntos dignos de atención, de asombro, de exhortación y de enseñanza. En esa cuestión dió pruebas de completa impotencia la perspicacia humana, y se erigió en ella una serie de monumentos poco gloriosos la falta de sinceridad del corazón.

2. La corrupción de la naturaleza, considerada como si ella fuese la causa única del mal.—Preguntemos, pues, de dónde procede el mal; si todos proponen esa cuestión, también nosotros podemos hacerlo.

Por otra parte, hemos tenido ya con este motivo una discusión en que constantemente se decía: Echadnos toda la culpa; aceptaremos con gusto la responsabilidad, pero no reprochéis á la naturaleza. Difícil nos fué arrancar al hombre la confesión involuntaria de que su naturaleza no está, sin embargo, completamente exenta de reproche, sino que está corrompida en el fondo, y que es la simiente fecunda del pecado. Así podemos tal vez concebir la esperanza de conseguir ahora nuestro propósito con menos trabajo y menos lucha, obteniendo la confesión de que el hombre mismo es la causa del mal. Ninguna semilla produce vástagos y frutos por sí misma; necesita un jardinero cuyos cuidados hagan que su fuerza vital germine: luego debe existir también una causa, ya que esta simiente del mal, la naturaleza corrompida, hace que se produzcan en nosotros tan malos frutos, una causa que excita la fuerza germinadora, y hace convertirse en pecado la funesta inclinación al mal.

Desgraciados de nosotros, si hubiésemos creído no ser

(1) Máximo Tyr., 41, 3.

(2) Orígenes, *Contra Cels.*, 4, 65.

(3) Orígenes, *loc. cit.*, 4, 65.

inquietados en este concepto. Los hombres, en efecto, son muy curiosos: todavía entregados á la deificación de la naturaleza, se inflaman súbitamente en santa cólera contra esa misma naturaleza, porque presienten de qué se va á tratar: he ahí que de repente la mala naturaleza debe ser considerada como la causa de todo mal. Si Adán no hubiese pecado, todos seríamos inocentes; su pecado dió origen á todos los nuestros. Él es la causa de que al nacer el hombre, con toda su naturaleza, sea, no ya pecador, sino el pecado mismo. ⁽¹⁾

Así habla, desde Lutero, todo el coro de los reformadores de la Iglesia. El pecado de nuestros primeros padres, dice Boehme, hizo tales estragos en nuestra naturaleza, que esta se animalizó, y se convirtió en simiente de serpientes, de que sólo puede salir simiente de dragones. ⁽²⁾ Y no son únicamente pastores archiortodoxos y místicos los que profieren ese juicio condenatorio contra la naturaleza, sino también filósofos liberales. El hombre, enseña Fichte, es semejante á un tronco de árbol; por su naturaleza es tan incapaz de bien, como la piedra lo es de movimiento. ⁽³⁾ Malo en lo que tiene de más íntimo, hasta el punto de que el mal forma parte de su noción, pretenden Hegel ⁽⁴⁾ y Kant, ⁽⁵⁾ absolutamente como en otro tiempo Flacio Ilírico, el hombre, con su nidada de malas inclinaciones, no permitirá esperar más que la lucha. Nunca se verá en él inclinación á cumplir su deber.

Es una prueba más de lo difícil que es al hombre guardar la moderación debida. No nos incomodaría ahora el que la naturaleza se viese obligada á hacer un poco de penitencia después de las alabanzas desmedidas que en otro tiempo aceptó como justo homenaje; pero el abuso

(1) Moelher., *Symbolik*, (6) 74, 77.

(2) Hamberger, *Die Lehre des Jacob Boehme*, 136 y sig.

(3) J. G. Fichte, *System der Sittenlehre*, (1789) 3 *Haupt.*, 1. *Abschn.*, § 16. *Anhang.*, p. 265 (G. W. IV, 201).

(4) Hegel, *Philos. der Religion* (G. W. XI, 238; XII, 270); *Phenomenologie des Geistes*, (G. W. II, 567).

(5) Zeller, *Gesch. der deutschen Philosophie*, 459.

que tan sin razón se hace de ella nos mueve á compasión. Desde Maquiavelo, todo hombre de Estado cimentó su edificio político en el principio de que no se debe proceder humanamente con la naturaleza humana, que sólo se inclina al mal. Los reformadores, los jansenistas, los pobres, los héroes y los herederos de la gran Revolución, los naturalistas modernos de la escuela de Ibsen, de Conrad y de Zola, tan poco unidos entre sí, están, sin embargo, de acuerdo en que no debe emplearse una palabra de consuelo relativamente á una humanidad que sólo es capaz para el mal. Y en el campo de la ciencia moderna resuena ese repulsivo dogma del mal radical en el hombre, esa doctrina de Kant, que Schopenhauer pretende ser el centro de toda la Ética, el triunfo de la perspicacia humana.

3. La naturaleza sensible como supuesta causa de todos los pecados.—Sin embargo, la palabra *naturaleza* es una expresión muy general con lo que nada positivo se expresa; y poca experiencia tendría quien ignorase que en los pliegues amplios de su manto se ocultan las cosas más diversas, algunas que frecuentemente nadie se atreve á nombrar. Por esa razón es oportuno plantear de un modo preciso esta cuestión: ¿Quién es en nuestra naturaleza el malhechor propiamente dicho y el que en definitiva debe ser verdaderamente responsable?

La primera respuesta dada á esta pregunta es regularmente la que nos revela el verdadero hombre en toda su indigencia. ¿La naturaleza, se dice; qué es lo que constituye la naturaleza? Es la materia, la facultad sensitiva.

Casi podríamos decir: ¡Gracias á Dios que se pronunció esa palabra! ¡Cuántas veces hemos pensado que todo lo que se dice de la naturaleza no significa en el fondo otra cosa que la canonización de la carne! ¡Pero desgraciados de nosotros si hubiéramos dado esa interpretación! Felizmente el mundo fué el que hizo esa confesión primero.

La carne es flaca, se dice, y es imposible resistir sus exigencias. El Evangelio mismo acaba por atenuar algo

sus excesivas pretensiones, y reconoce el hecho de que nuestra naturaleza sensible no puede satisfacerlas.

Más allá todavía van esos naturalistas modernos, esos literatos que, en vez de cernerse en las alturas como el águila, prefieren volar á flor de tierra; esos artistas que, según frase de Bleibtreu, no ven en el mundo más que un inmenso café Liedrian; esos vividores que sólo una ley consideran como sagrada, la contenida en estas palabras: La naturaleza lo exige. Desde hace mucho tiempo, todos ellos ni tratan siquiera de disculpar la carne por su flaqueza, pues ponen todo su orgullo en alabar sus derechos.

Las almas á la manera de Werther y los corazones sensibles de todos los tiempos emplean el mismo lenguaje. ¿Para qué, dicen en su literatura, tendríamos nervios, si careciésemos del derecho de glorificar sus enfermedades, aunque lleguen hasta el suicidio? ¿Por qué, dicen los neuróticos, los histéricos y los hipochondríacos, tendríamos nervios, si no los empleáramos en hacer amarga á los demás la vida?

Lo mismo dicen los materialistas más groseros, como los más delicados en teoría y en la práctica. Mucho antes que Büchner, Vogt y Moleschott hubiesen enriquecido el caudal de nuestros conocimientos con el espiritual principio de que el hombre es lo que come, damas demasiado delicadas y egoístas excesivamente groseros cubrieron su mal humor con el pretexto de una mala digestión ó de una noche de insomnio: palabras no más, en que se ve claramente la contradicción de la verdad.

Si la carne es flaca ¿se le pueda hacer resistencia? Si no se le puede hacer, entonces será manifiesta mentira acusarla de flaqueza. Pero ¿quién repara en el sentido de un pretexto, inventado únicamente para absolver de la culpa de sensualidad al espíritu que no practica su deber? ¿Ni quién se tomaría el trabajo de probar la poca solidez de esas razones, estando convencido de que no cree en ellas el mismo que con tanta fanfarronería las alega?

Y si tales expedientes no pueden engañar al conocedor de los hombres, cuando son presentados en forma vulgar, sería temor supersticioso ante el brillo de la falsa ciencia atribuirles mayor importancia cuando se los exhibe en términos sabios, ó por lo menos, en términos estudiadamente oscuros. No discutimos el sentido espiritual y profundo de Platón en el *Timeo*, tendiendo á probar que nadie es voluntariamente malo; pero creemos que quienes dicen simplemente que la carne es flaca, consiguen su objeto y proceden con más sinceridad que cuando demuestran, en un discurso magnífico, que las enfermedades del alma se dividen en sensualidad é irascibilidad; que la primera procede del exceso de humores sensuales, la otra de la abundancia de bilis, absolutamente como las tres clases de enfermedades físicas proceden de tres especies diferentes de mucosas y de secreciones. ⁽¹⁾ Las palabras bellas ó las oscuras no pueden hacer hermoso lo que es feo, lo mismo que tampoco pueden consolidar lo que se desmorona. Por eso, quien no mira sólo las apariencias, encontrará incomparablemente más noble á una Jantipa, pretendiendo que los nervios son causa de sus caprichos histéricos, que al filósofo, atribuyendo los excesos de un libertino al temperamento demasiado ardiente, ó á Schleiermacher, que ve la naturaleza del pecado en la eterna lucha de la carne contra el espíritu. ⁽²⁾

Todas estas explicaciones del mal, y otras semejantes, dejan ver de un modo evidente que han sido inventadas de propósito; no es posible, pues, tomarlas en serio. Se principió por canonizar la naturaleza para hacer de ella un baluarte y persuadir de que no puede ser pecado lo que nos inspira: aquí el fin es el mismo, pero en sentido opuesto; pero de repente, no hay ya en la naturaleza nada sano, y solamente pueden proceder de ella cosas malas. Que sea responsable, es negocio suyo: el alma se lava en la inocencia.

(1) Platón, *Timaeus*, 41, p. 86 c. y sig.

(2) Gass, *Gesch. der protest. Dogmatik*, IV, 586. J. Müller, *Lehre von der Sünde*, (6) I, 469 y sig.

Tal es evidentemente el motivo, muy sencillo por cierto, que produjo aquel falso pretexto. Querer honrarlo con una refutación, sería tomarlo más en serio de lo que se toma él mismo y descender á dominios en que el pecado se mueve con predilección, pero que ninguna relación tienen con la imputación de la culpabilidad.

4. El mal no procede de la naturaleza y disposiciones del hombre.—¡No! Nada se consigue en estos dominios con explicaciones fisiológicas; el mundo lo comprendió siempre así; pero á fin de que no se lleve la cuestión al terreno de la libertad, que teme tanto como á la lógica, sale á nuestro encuentro y nos invita, para cerrar estas investigaciones, á un nuevo campo. Quiere, sin duda á todo trance, buscar un pararrayos á la responsabilidad, sin el que no nos llevaría á ese terreno, al que se muestra de ordinario extraño y hostil. No se trata, en efecto, de nada menos que del terreno de la metafísica.

¿Qué necesidad tenemos, dice, de buscar la causa del mal en los sentimientos del corazón? Ved tan sólo la naturaleza del mal, y os lo explicaréis todo. Ya Filón decía que nada en la creación tiene duración y constancia; todo lo que es mortal está sujeto á mutabilidad por su propia naturaleza: el hombre cambia como todo lo demás; haga lo que quiera, pecará necesaria é infaliblemente. ⁽¹⁾

Según esta filosofía, el mal no sería otra cosa que la mutabilidad innata en el hombre.

Pero otros sacan con la misma seguridad igual conclusión de la supuesta inmutabilidad de la naturaleza humana.

Un hombre á quien animaba el espíritu y la fe del filósofo de Alejandría, pero más antiguo aún, el autor del libro *Henoch*, ⁽²⁾ cree que si, entre los hombres, unos son buenos y otros malos, procede únicamente de que unos recibieron de la naturaleza disposiciones peores que los otros.

Si esa opinión no fuese tan á propósito para explicar y

(1) Filón, *De opificio*, 53 (Richter, 1, 49).

(2) Langen, *Das Judenthum in Palästina*, 361 y sig.

excusar lo más malo, no se habría insinuado, ni se la encontraría en todas partes. El estoico Crysipo la predica en Grecia como un remedio contra todos los remordimientos de la conciencia. ⁽¹⁾ En Roma, Marco Aurelio se sirve de ella para tranquilizarse por los desórdenes de su familia y su negligencia en cumplir los deberes de esposo y de padre. Un hombre que tiene ciertas disposiciones, dice, no puede ser más que vicioso; castigarle por esto sería tan injusto—que se nos perdone la comparación, pues se vale de ella el filósofo imperial—como si se quisiera castigar á alguno porque tuviese fétido el aliento. ⁽²⁾ En nuestra época, Hume, ⁽³⁾ Owen ⁽⁴⁾ y Kant, ⁽⁵⁾ han proclamado la misma filosofía, hasta que la perfeccionó Lombroso para hacer de ella un dogma universalmente reconocido.

Pero, como siempre, es Schopenhauer quien está á la cabeza. Según su doctrina, tan escasa en consuelos para el que aspira á la perfección, como llena de ellos para el pecador endurecido, cada cual tiene su especial carácter. «No tienes más derecho á condenar al malvado, predispuesto al mal, que á la serpiente por sus dientes venenosos, dice; por manera, que no trates de corregirle ni de corregirte, pues ninguna moral cambia el carácter; antes cambiarías el plomo en oro. Ensáyalo, si quieres; pero no harás más que confirmar el principio: Quedas siendo lo que eres». ⁽⁶⁾

En el fondo, este modo de ver, únicamente por las expresiones difiere del estudio de la fisonomía, expuesto por Lavater y Gall; también en éstos se reduce todo á disposiciones naturales innatas, manifestándose hasta en lo exterior. La estructura del cráneo indica á cada cual su pue-

(1) Cicerón, *De fato*, 18, 20. Plutarco, *Plac. phil.*, 1, 27, 3, 29; *Stoic. repugn.*, 23, 2, 3.

(2) Antonino, *Medit.*, 9, 1; 10, 30; 8, 14; 5, 28.

(3) Vorländer, *Gesch. der philos. Moral*, 463.

(4) J. H. Fichte, *Die philosophischen Lehren von Recht, Staat und Sitte seit Mitte des XVIII Jahrhunderts (Ethik. I)*, 717.

(5) Zeller, *Gesch. der deutsch. Philos.*, 458.

(6) Schopenhauer, *Welt als Wille und Vorstellung*, (3) I, 339 y sig.

to entre los pensadores, los criminales ó los héroes de la virtud.

Inútil sería demostrar la falsedad de esta opinión. Lichtenberg, que había prestado en otro tiempo homenaje á tales extravagancias, pero que les fué después muy hostil, cree que pretender deducir de la fisonomía, ó como dice él, de la nariz, por su identidad en ciertas personas, la identidad de aptitudes intelectuales, es una estupidez no menor que el atribuir la guerra á las colas de los cometas. ⁽¹⁾

Nos parece, sin embargo, que es decir demasiado, pues admitimos que hay un poquito de verdad en esa doctrina; ⁽²⁾ pero si quiere atribuir toda la responsabilidad de la conducta del hombre á sus disposiciones naturales interiores ó exteriores, nos veremos entonces obligados á relegarla dentro de sus límites naturales. Puede suceder, y así lo comprendió la antigüedad imparcial, que explique la formación de los rasgos fisionómicos y la estructura del cráneo por la volubilidad ó la firmeza del carácter. Está en su derecho; pero cuando pretende hacernos creer que lo físico determina el carácter, trueca el orden de las cosas.

No hay por qué extrañarse entonces de que frecuentemente produzca ridículas conjeturas; así, por ejemplo, pretendió que Napoleón no tenía aptitud para las matemáticas ni para doctrinas de elevado orden, ⁽³⁾ que la inteligencia de Newton carecía de profundidad, ⁽⁴⁾ y puso á Lalande en la categoría de los imbeciles; ⁽⁵⁾ por eso no podemos deferir á sus afirmaciones si no están corroboradas por otros hechos ciertos. Pero si quiere hacernos creer que muchos hombres tienen ya, por su naturaleza, disposiciones invencibles á una tendencia determinada, contradice

(1) J. Schmidt, *Gesch. des geist. Leben in Deutschland*, II, 704 y sig.

(2) Hugo Argentino, (Alberto Magno, Buenaventura), *Comp. theolog. veritatis*, 2, 58. Schubert, *Gesch. der Seele*, (4) II, 656 y sig.

(3) Perty, *Anthropologie*, II, 498 y sig.

(4) Perty, *Ibid.*, I, 18.

(5) Schubert, *loc. cit.*, (4) II, 654 y sig.